

Las “Memorias” de Helena Paz, ¿autobiografía o ficción?

Juan José Barrientos

EN UNA NOTA SOBRE las *Memorias* de Helena Paz, Vilma Fuentes se las atribuye a “el editor[, Rogelio Carvajal,] y sus escritores fantasmas”, pues según me dijo después no cree que Helenita las escribiera dadas las dificultades que tiene para hablar y hay que recordar que Patricia Vega relata en un artículo que en 1991 Helena Paz le hizo “una propuesta de colaboración” que le pareció inaceptable y por la que incluso abandonó el proyecto de escribir una biografía de Elena Garro. Según ella, Helenita “revelaría detalles de la vida íntima de su madre con el propósito de alimentar el morbo de los lectores ávidos de escándalos y asegurar el éxito comercial de un libro, cuyas ganancias, insistía, autora e informante, repartiríamos en partes iguales” (Melgar: 114-115). Por eso no es extraño que Vilma relacione este libro con otros escritos por los hijos, legítimos o adoptivos, los nietos, sobrinos, las viudas, amantes y otras personas relacionadas con algunas celebridades cuyas intimidades pretenden subastar¹ y que no crea en los “abusos” de que supuestamente fue víctima Helenita cuando sus padres la dejaron en casa de su abuela Pepa. En otras palabras, las *Memorias* de Helena Paz parecen el resultado del proyecto que Helenita le propuso a Patricia Vega, remodelado unos doce años después por “el editor y sus escritores fantasmas”, y esa hipótesis podría explicar algunos detalles curiosos de este libro como la manera en que relata uno de los intentos de suicidio de su madre, pues si uno compara su versión con la de su madre, se queda con la impresión de que retocó los hechos para hacer todo más dramático². El caso es que una colega me contó luego que ella leyó el manuscrito antes de

que se publicara, porque le pidieron su opinión acerca del libro en otra editorial, que no se atrevió a publicarlo, por lo que no se puede atribuir a Rogelio Carvajal y sus escritores fantasmas. A pesar de todo, hay muchas personas que dudan de que Helena Paz lo haya escrito y el libro aparece rodeado por una aureola de sospechas que le da un carácter muy especial y en realidad lo enriquece.

Dejando a un lado estas especulaciones y los segmentos más escandalosos del libro, este resulta interesante y representa una aportación importante a las letras mexicanas por diversas razones.

Para empezar, se trata del testimonio de una mujer que fue hija de dos personajes interesantes y conflictivos, con quienes convivió sobre todo durante unos agitados doce años desde que Paz, que había estado un año en Berkeley y en Vermont con una beca Guggenheim, se trasladó, primero a Nueva York, como representante de México antes la Organización de las Naciones Unidas, y luego a París, como tercer secretario de la embajada (1945-1949), hasta que volvió a Nueva York, como representante de México ante la ONU en 1957, después de ocupar otros cargos en Japón, Suiza (1950) y en México. Por eso, el atractivo más obvio de este libro radica en las imágenes inéditas que ofrece de los padres de Helena y otros escritores que frecuentaban o conocieron. Además, resulta interesante como relato de viaje y a la larga me parece que puede perdurar por el interés y la simpatía que despierta otro personaje, el de la narradora, a la que por su carácter indomable me referiré en adelante como HP.

Octavio Paz aparece como un hombre generoso que hospedó en su apartamento de París a María Zambrano y a su hermana, así como a Finki Araquistain, pero Helenita revela que “nunca le pagó un mes de renta al señor Faure, amparado en la ley francesa de aquella época” (215), pues según explica “el gobierno socialista de Vincent Oriol había impuesto una ley muy gravosa para los propietarios de apartamentos” y “si una familia francesa ocupaba alguno podía vivir hasta cincuenta años con una renta congelada y, si alegaba falta de dinero, podía dejar de pagar la renta veinte o treinta años”. Paz obligó a Elena Garro a decirle al señor Faure que ella se había gastado el dinero que su esposo le había dado para pagar la renta (215), convencido de que a las mujeres bonitas en París todo se les perdona. Posteriormente, en Japón, donde su salario como diplomático era muy reducido, las llevaba a cenar a “una cafetería barata”, donde “se pedía un *sirloin steak*, y, para mi madre y para mí, pedía tortillas de huevo” (261), pero con todo la niña se las arreglaba para que le sirvieran unas costillas de cordero. Años después, en Nueva York, anota que, aunque nevaba, andaba con su “eterno traje sastre de lana verde, sin abrigo” (415) hasta que llegó Elena Garro y “le reprochó a mi padre cómo me traía vestida” (418), pues sólo así logró que Octavio le comprara, por fin, un abrigo de pelo de camello.

Por lo demás, Paz limitaba constantemente a Elena, que tuvo que rechazar una oferta para trabajar como modelo nada menos que de Christian Dior para no arruinar la carrera diplomática del poeta, y se negó a pagar las clases de ballet que su hija tomaba con Madame Wronska y aunque ésta le siguió enseñando sin cobrar un centavo la niña tenía que ir a clases a escondidas porque el poeta consideraba el ballet como “un arte reaccionario zarista” (101). Años después impidió que su hija obtuviera una beca para estudiar en Radcliffe, acusándola de ser una snob que sólo quería ir a buscar marido y cuando ésta regresó tarde de una excursión a la playa de Tecolutla, debido a que el automóvil de los chicos que la invitaron a pasear se atascó en la arena, Paz la acusó de ser como su padre y no haberse podido iniciar con un muchacho sino con siete. Hay muchas anécdotas, pero la mayoría tienden a demostrar que Elena Garro y su hija actuaban de manera impulsiva e intuitiva, mientras que Octavio sólo se guiaba por sus prejuicios. Por ejemplo, en

Tokio Helena conoció a “un viejito japonés muy elegante que vendía antigüedades chinas y jarrones maravillosos”, y Octavio le dijo que era un estafador y que todo lo que vendía eran copias; sin embargo, el secretario de la embajada, Furuya, le explicó que era un primo del emperador que se había visto forzado a vender sus antigüedades para sobrevivir (263). El anciano no sólo le presentó a sus amigos, entre los que estaba Yukio Mishima, sino que hizo que el emperador la invitara al palacio. En fin, nadie es perfecto.

EL AFFAIRE

Según Helenita, Paz nunca la perdonó “por haber ayudado a mi madre en su romance con Bioy [Casares]” (419).

Ese *affaire* ha quedado registrado en tres novelas, *La pérdida del reino* de José Bianco, *El sueño de los héroes* de Bioy Casares y *Testimonios sobre Mariana* de Elena Garro, y Helenita realmente no dice nada nuevo, pero sus comentarios sobre algunas de las personas involucradas resultan demoledores.

Según ella, todo empezó con la llegada a París de José Bianco, que presentó a los Paz con las Ocampo y Bioy Casares. Este comenzó a visitar a Elena y “como él no trabajaba... la invitó a salir al campo, aprovechando que mi padre estaba en la embajada”. Elena tenía que acompañar a Octavio a todas partes y casi no dormía, por lo que “la primera vez que Bioy la llevó a un albergue, ... al ver la cama se metió en las sábanas y se durmió; Bioy, sin ofenderse, vigiló su sueño y, al atardecer, le dijo que ya debían volver” (205). Por lo demás, los comentarios de Helena sobre los argentinos no son precisamente halagadores.

BIOY

El escritor argentino le parece en retrospectiva “un ser interesado y farsante” y su madre “una mujer débil y autodestructiva que teniendo todo para triunfar y llevar una vida feliz, de armonía y belleza, sólo por sus defectos y sus soberbias (ella nunca reconoció haberse equivocado en nada) no construyó algo sólido y verdadero”.

Basada en el testimonio de un profesor americano que le compró a su madre las cartas y telegramas que le envió Bioy, asegura que la hija de éste se casó tres veces y que los “futuros maridos le pedían a él millones para cargar con el

adefesio” (210). Para colmo, la hija tuvo tres hijos que se volvieron drogadictos.

Silvina pasó los últimos años loca, y Bioy la encerraba con llave en los altos del edificio donde vivían. Y todo esto me obligó a releer entre líneas *Los Bioy*, un libro escrito por Silvia Renée Arias con las revelaciones de Jovita Iglesias, que trabajó como ama de llaves con los Bioy unos cincuenta años.

SILVINA

Aunque Silvina Ocampo no tuvo culpa alguna de que la relación de Bioy Casares y Elena Garro fracasara, Helena no la trata con mucha consideración y escribe que la imaginaba como “una mujer mayor, ... guapa y elegante” (207), pero al verla descubrió que era “una vieja horrible y extraña, con pantalones de ski y tacones altos; los resortes de los viejos pantalones se le veían en los pies, pues se los había colocado por encima de las medias; llevaba una chaqueta de piel de tigre que se veía sin pelos en algunos lugares, y toda lustrosa; además, le temblaba la cabeza con un movimiento extraño, le corría la baba por la comisuras de los labios cuando hablaba, y traía el pelo teñido de rojo desde

hacia como seis meses, con una enorme raya negra” (207). Según ella, era veinte o treinta años mayor que Bioy, pero en realidad Silvina nació en 1903 y Bioy en 1914, de modo que ella sólo le llevaba unos once años. Se casaron en 1940, es decir unos 9 años antes del encuentro en París.

CORTÁZAR

Tampoco recuerda de un modo favorable a Cortázar, pues anota que Elena invitó a su casa a Pierhal, “un gran editor francés ya viejito” al que le quería proponer la publicación de obras de Borges y Bioy Casares, así como a Cortázar y a Revol, que debían elogiar a sus compatriotas, pero en vez de eso le aseguraron al editor que eran “oligarcas reaccionarios, malas copias de los ingleses del siglo XIX” (412). A pesar de todo, Elena no se disgustó con Cortázar, y Pierhal publicó *La invención de Morel* en la colección que tenía a su cargo en Laffont. Elena ya había contado el incidente, pero sólo anota que “Revol y Cortázar dicen pestes de Bioy” y que a pesar de todo “Pierhal se entusiasma con el libro y lo compra”, por lo que “Jean Clarence Lambert y yo hacemos una pésima traducción al francés” (Lopátegui: 198), que le permite ganar algún dinero.

VIAJES

Como relato de viajes, el libro es estupendo. Helena registra imágenes de “Nueva York, que era como una gran feria con ruedas de la fortuna, mujeres tan deslumbrantes que parecían mágicas e irreales, a fuerza de nitidez y de glamour” y que “en cada esquina daba la impresión de ser el centro de un mundo brillante y divertido”, que contrasta con “un París desolado, donde en realidad no había nada. Ni siquiera autos en las calles. París sin luz, sin animación, sin comida”, en cuyos bulevares ve “parejas vistosas” integradas por “muchachas con torres artificiales de bucles en la cabeza, supermaquilladas, con zapatos de suela de corcho, colgadas de los brazos de GI (reclutas) gigantescos” (72). Por suerte, logran alquilar un “enorme departamento, decorado al estilo Luis XV, pero donde no había calefacción, sólo una salamandra o gran estufa antigua de un color negro brillante que calentaba con carbón” (79). Los propietarios eran “gente riquísima que ocupaba ese lujoso edificio en la esquina de la Avenida Victor Hugo y Henri Martin”. Anota que la avenida Henri Martin “tenía cuatro hileras de



castaños frondosos” cuyas ramas en primavera “parecía que iban a invadir de hojas y de savia los salones” (81). También menciona Passy “con sus calles estrechas ..., sus jardines desbordantes de flores que formaban un pequeño laberinto” (100), y en general las imágenes que rescata del París de Post-guerra coinciden con las que nos ha legado Arreola, que también estuvo en la capital francesa en esos años.

De paso, Helena nos deja vislumbrar un México ya perdido, pues menciona un viaje en compañía del ex presidente Auriol a Yucatán, donde recorren “el paseo principal bordeado de palacetes blancos” (362), pues Mérida estaba intacta, y en Uxmal se alojaron en el Hotel Mayaland, “un edificio colonial con arcadas... con una piscina llena de gardenias”(363), donde tuvieron un problema con una tarántula, Chichén Itzá con su piedra rosa y el Patio de las Mil Columnas, para terminar en Cancún, donde “No había más que kilómetros y kilómetros de arena blanca y unas enormes tortugas dormidas en la playa nadando en el mar... Los niños montaban a las grandes tortugas en el mar ... y me enseñaron a hacerlo”.

DESAJUSTES

De acuerdo con una amiga, cuando conoció a Helena Paz, ésta tenía unos diez años más, pero luego ya eran de la misma edad y al paso de los años, Helenita resultó diez años menor, y en una biografía publicada en la red aparece que nació en 1948 y no diez años antes. Sus memorias revelan está desubicación cronológica, pues aparecen como un libro de más de cuatrocientas páginas que curiosamente no está dividido en capítulos y en el que los hechos no están fechados de una manera precisa, por lo que se acentúa el carácter subjetivo de sus recuerdos y su lectura se dificulta, pero no deja de ser grata. Al final menciona que Bioy “estaba triste, pues se acercaba la clausura de las sesiones de las Naciones Unidas” y anota que “Fue el año en que Rusia invadió Hungría”(427), es decir 1956, pero antes menciona “un invierno que pasé en Nueva York con mi padre, que había sido nombrado delegado de México en las Naciones Unidas y agrega que “tenía entonces dieciséis años” (161), con lo que sitúa los hechos en 1954, pues nació en el 38.

En general, se trata de un libro bien escrito, interesante y sencillo, a veces divertido, que en mi opinión habría que agradecerle y no reprocharle al editor y a sus escritores fantasmas, si es que de veras le echaron una mano a Helenita.

Notas

¹El arquetipo de este tipo de libros es *Mommie Dearest* acerca de Joan Crawford y escrito por su hija adoptiva Cristina, en el que la estrella aparece como una arpía capaz de aterrar a cualquiera que se colocara al alcance de sus gritos. Posteriormente, el libro dio lugar a una película con Faye Dunaway como la Crawford que recuerda “Strait Jacket” de William Castle y en el que la actriz aparece luciendo atuendos desquiciados que no hacen juego con los trapos de Cristina. Más tarde, la vemos cortar el pelo con unas tijeras y obligarla a comerse un steak sanguinolento. Durante un ataque de ira, ella misma corta un árbol a hachazos y destruye su rosaleda. En la escena más conocida, irrumpe en la habitación de la niña y se enfurece al ver un vestido colgado de un gancho de alambre. Rompe el closet y pone la habitación patas arriba, persiguiendo a la niña hasta el baño, donde la golpea con unas latas de limpiador. El pelo se le eriza al espectador cuando ella descubre el gancho de alambre. El colmo es que esta película dio lugar a un culto entre los maricones y travestis de los Estados Unidos que se divertían de lo lindo con el retrato de la Crawford como madre y en los noventa no era difícil ver alguno ataviado como la estrella que recorría la calle Christopher pateando a una Cristina de plástico tamaño natural.

² Elena Garro relata en uno de sus escritos que después de una discusión con Octavio Paz decidió suicidarse y mandó a Narciso, el cocinero, a la Villette y después de darle a su hija tres pastillas para dormir y tomarse otras tantas abrió la llave del gas; afortunadamente, el cocinero sospechó algo y regresó a tiempo para salvarlas (165). Posteriormente, Octavio y Ramón “Finki” Araquistáin, que se hospedaba con ellos, la recriminaron, y ella volvió a intentar suicidarse, esta vez ahorcándose con un cordón de seda de la cortina al que le hizo un nudo corredizo, pero cuando se iba a dejar caer, ellos entraron y de nuevo se lo impidieron. Por su parte, Helena Paz cuenta que una noche en que su madre no aparecía por ningún lado, María Zambrano, que con su hermana se alojaba con ellos, “recorrió la enorme casa y llegó al corredor, que en ese momento estaba a oscuras, prendió la luz y vio a mi madre colgada del cuello con un cable del candil”. Inmediatamente llamó a la sirvienta y a Finki y “todos la ayudaron a descolgarla y la colocaron sobre una mesa, donde permaneció inconsciente y con el cuello morado” (110). En fin, uno se queda con la impresión de que aquí alguien se puso a ensayar variaciones para hacer todo más dramático y asegurar las ventas

Obras citadas

Melgar, Lucía y Gabriela Mora. *Elena Garro: Lectura múltiple de una personalidad compleja*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002.

Fuentes, Vilma. “De las Memorias del Duque de Otranto a las de la dama P”

La Jornada, 27 de mayo del 2004.

Paz Garro, Helena. *Memorias*. México: Océano, 2003;

Rosas Lopátegui, Patricia. *Testimonios sobre Elena Garro*. Monterrey: Ediciones Castillo, 2002.